El grito de libertad en el pueblo de Dolores

José Joaquín Fernández de Lizardi

PERSONAJES

EL CURA HIDALGO

EL CAPITÁN ALLENDE

ABASOLO

ALDAMA

DIEZ PAYOS, *armados con carabinas y machetes.*

ANSELMO, *viejo labrador abuelo de*

JACINTO, *joven pretendiente de*

ROSA, *hija de*

CASILDA, *vieja.*

INÉS, *viuda con una hija doncella y tres niños.*

NICOLÁS, *mozo del capitán Allende.*

EL ALCAIDE, *de la cárcel.*

PUEBLO

El acto prim era se represen ta en un a sala grande y decente del cura HIDALGO**, con el adorno común.** HIDALGO**,** ABASOLO **y** ALDAMA**.**

Acto primero

HIDALGO: Mucho tiempo hace, amigos míos, que lloro en el silencio la suerte desgraciada de nuestra patria. Oprimida trescientos años ha por el duro gobierno español, poseídas las benéficas órdenes que tal cual monarca ha dictado a su favor, sólo hemos experimentado desprecios y maltrato general de los mandarines que envían a gobernarnos. Los empleos honoríficos y pingües son exclusivos para los españoles: el ser americano es un impedimento para obtenerlos. La contraseña de los pretendientes españoles es bien sabida; don Fulano de tal, dicen en sus solicitudes, natural de los reinos de Castilla y compañía: de esta manera hechos dueños del gobierno, se han hecho dueños del comercio, de las haciendas de labor, de las minas y de nuestras fortunas, dejándonos únicamente el trabajo material para comer, porque ni los auxilios que proporciona la industria se nos permite. Yo mismo he querido fomentar en este pobre pueblo el cultivo de las viñas.

Sí, yo he plantado algunas por mi mano, y no se ha permitido fabricar vinos porque se expendan los que nos traen de España. De este modo, habiendo nacido entre la riqueza y la abundancia, nos hallamos herederos de una subsistencia muy precaria, precursora infalible de la mayor miseria.

Si tal es la suerte de los criollos, esto es de los hijos del país que descienden de padres españoles, ¿cuál será la que sufren los infelices indios? Por fin, de aquéllos uno que otro obtiene algún empleo, aunque no de la primera jerarquía, y no faltan algunos descendientes de los conquistadores que poseen ricos mayorazgos; pero, ¡los indios!, los indios, los hijos naturales de este país, los descendientes de sus legítimos señores, yacen simados en la estupidez y la miseria. Trescientos años hace que pintó su vida miserable el señor Casas, y en tanto tiempo no han avanzado un paso a su favor. Siempre educados en la superstición y la ignorancia, y seguidos del abatimiento y la desdicha, ni tienen talento para conocer sus derechos usurpados, ni valor para poderlos reclamar.

Ellos, los infelices, son los que más han sufrido el rigor español en todos tiempos; y no sólo de los españoles, sino de los criollos o de los hijos de ambas naciones. Si el gobierno español los abruma

con tributos, los demás los oprimen con toda clase de gabelas y con un trato duro, altivo, inflexible. Los párrocos, que por su instituto debían ser los que les ministrasen el pasto espiritual con dulzura, con caridad y con desinterés, son, con excepción de pocos, los que les venden los sacramentos a un precio muy caro y muy prohibido. Los indios y las indias han de ser unos esclavos de los curas, los han de servir y los han de mantener, y si no los azotes y las bofetadas andan listos.

Mi corazón jamás ha podido soportar estas crueldades, ni el orgullo español ni la postergación de nuestro mérito por la colocación del paisanaje.

Por otra parte, siempre he advertido con dolor que separada la América de España por un inmenso océano, la naturaleza le avisa que ha sido criada independiente de la Europa. La vasta extensión de su terreno, cuyos límites no se conocen todavía, le han granjeado con razón el epíteto de Nuevo Mundo; pero un mundo lleno de riquezas y abundancia. Sí, la América no necesita nada de lo más precioso que producen las tres partes del globo; en sí misma lo tiene todo sobradamente. Las perlas y diamantes, el oro y platas, el fierro y el azogue, el algodón, la azúcar, el café, el cacao, la vainilla... en fin, todos los frutos que produce la Europa los tenemos con otros más preciosos, exclusivos sólo de nuestros climas, como la grana, quina y otros muchos.

Ni los talentos faltan a los americanos para elevar la industria a la perfección, que las naciones extranjeras. La ambición e ignorancia de la España, contentándose con extraer nuestro oro, y nuestra plata, para derramarla en las demás potencias, se ha desentendido de las verdaderas riquezas de este suelo, y ha educado a sus hijos en los vicios, en la ociosidad y en la apatía; porque no sólo no ha premiado los talentos americanos, sino que los ha procurado sofocar en cuanto ha estado de su parte.

Ésta es la causa de ese encogimiento, de esa pusilanimidad de los criollos, que parece que no saben ni hablar. Yo me lamento, amigos, yo suspiro a mis solas por nuestra triste esclavitud: conozco que ya no es tiempo de sufrirla: la América debe ser libre para que sea feliz: las circunstancias todas le convidan a romper los ominosos lazos conque la aprisiona su metrópoli: los acaecimientos de Bayona le proporcionaron una ocasión muy ventajosa; pero no supo aprovecharlos. No se encuentra entre nosotros un Washington que arrostre los peligros y haga la libertad de su nación.

Iturrigaray, ese virrey prudente que sabía conciliar la fidelidad al rey con nuestros intereses, ya estaba resuelto a crear una junta que sin reconocer a la de Sevilla, convocase a las Cortes del reino. Tal

paso hubiera sido muy avanzado a nuestra independencia; pero una facción de oidores y acaudalados destruyeron sus planes una noche. ¡Pluguiese a Dios que se borrase su memoria en la cronología de nuestros tiempos!

Os acordáis, amigos: ahora dos años, el de ochocientos ocho, una turba de forajidos y tunantes se lanzaron al real palacio, sorprendieron a Iturrigaray, atropellaron a su esposa, lo arrastraron a la Inquisición con ignominia para hacer creer al pueblo que era hereje, y no contentos con tantas tropelías, insultaron al pacífico pueblo mexicano, atribuyéndole por rotulones públicos una traición de que sólo fueran capaces los Batallares y Aguirres, los Yermos y Lozanos y otros tales.

Desde entonces las cosas van de mal en peor. Estamos amenazados a los franceses orgullosos con sus victorias, y la nación yace abismada entre el temor y la más justa desconfianza. Yo, a pesar de mi edad, de mis enfermedades y mi estado, he resuelto libertar a mi patria o sacrificar la vida en la demanda.

Todos los planes están bien combinados; lo sabéis, y si os he hecho esta prolija relación, ha sido por recordaros vuestros derechos y los peligros de la patria. ¿Qué me decís?, ¿os halláis con la misma resolución que siempre para acompañarme en esta empresa?

ALDAMA: Yo, señor cura, antes de decidirme titubeo; pero una vez decidido no retrocedo de mi resolución.

ABASOLO: Y yo lo mismo. Os ayudaremos impertérritos en la gloriosa empresa, y moriremos si necesario fuere, pues morir por la patria es inmortalizarse.

HIDALGO: Amigos míos: no esperaba otra respuesta de vuestro honor y vuestro patriotismo. La causa que vamos a defender es la más justa, el Dios de las batallas esforzará vuestros valientes brazos y os conducirá a la victoria, así como...

ALDAMA: Señor, parece que a la puerta llega gente.

HIDALGO: Adentro.

(Sale ANSELMO **viejo, sosteniéndose en el brazo de su nieto** JACINTO**, joven labrador.)**

ANSELMO: Señor cura, muy buenos días dé Dios a su merced.

HIDALGO: Así se los dé Dios, tata Anselmo. ¿Qué anda usted haciendo por acá?

ANSELMO: He recibido un recado de su merced, y vine a saber qué es lo que me manda.

HIDALGO: Es verdad que lo mandé llamar. Espérese un poco.

ANSELMO: Sí, señor.

HIDALGO: Siéntese usted. Vaya, en aquesta silla estará cómodo.

ANSELMO: Dios se lo pague, señor cura: ya los años me agobian, y no puedo salir a la calle sino teniéndome de este muchacho.

(Entra precipitada y llorando INÉS**, vestida de negro, con una joven y tres muchachillos pobremente vestidos.)**

INÉS: Señor cura, soy la mujer más infeliz del mundo; pero lo seré mucho más si no hallo amparo en su presencia...

HIDALGO: Vamos, doña Inés, usted serénese y cuénteme sus cuitas.

INÉS: ¡Ay, señor cura!, mi pena es la mayor irremediable... Ha muerto mi marido...

HIDALGO: ¿Qué, don Carlos murió?

INÉS: A media noche acabó de expirar... ¡Ay infelice!, esta pobre doncella... mis tres hijos...

HIDALGO: Serénese, señora, en este instante solamente la religión nos presta los consuelos necesarios. Advierta usted que todos los hombres nacemos sujetos a la muerte; que este tributo es forzoso pagarlo a la naturaleza, que la vida no es la cosa más grata, sino una cadena no interrumpida de pobrezas, enfermedades y miserias, de cuya carga insoportable nos liberta la muerte a un solo golpe. Su marido de usted era ya anciano, su enfermedad era crónica y demasiado dolorosa: él vivía en un tormento continuado, y con sus ayes afligía sin cesar el corazón de usted. Ha muerto; pero ya su cuerpo dejó de padecer y su espíritu descansa en su creador; ¿qué más consuelo puede usted apetecer? ¿Lo amaba usted con ternura?, pues consuélese también con la esperanza de que en el último día de los tiempos lo volverá usted a ver para no perderlo jamás.

INÉS: ¡Ay, señor cura!, esos consuelos son muy buenos; pero yo no tengo ni con qué pagarle a usted los derechos del entierro. Con su larga enfermedad he vendido mis animalitos; ni qué vender ni qué empeñar...

HIDALGO: Basta, doña Inés; ya sé el estado de pobreza a que se halla usted reducida. La compadezco y procuraré aliviarla en cuanto pueda. Dé usted un recado de mi parte al padre vicario, para que esta tarde le dé sepultura al cadáver, diciéndole que se entienda

conmigo, que ya usted me satisfizo los derechos. Prosiga usted cuidando de la educación de estos niños, que ya veremos cómo se hacen útiles, y por ahora llévese ese socorrillo para que coman unos días. **(Le da unos pesos.)**

INÉS: **(Llorando.)** Señor cura, usted es nuestro padre, nuestro benefactor... Queridos míos: besad la mano a vuestro nuevo padre. **(Aquí arrodilla a sus hijos a los pies de** HIDALGO**: ellos le abrazan por las rodillas, la doncella con el pañuelo a los ojos le besa una mano; el cura los levanta y acaricia.)** Sí, besad esa mano liberal que derrama los consuelos en el seno de una familia desgraciada.

HIDALGO: Basta, señora; basta, hijitos: levantaos. ¡Pobrecillos!, las inocentes lágrimas que lloran, son hijas de la más pura gratitud.

LA JOVEN: ¡Ay padre!, yo no sé cómo dar a usted las gracias por la caridad que ha usado con nosotras.

HIDALGO: Hija mía: nada he hecho que no debiera hacer en este caso, ni nada tenéis que agradecerme. Ahora se necesita...

(Entra CASILDA **con su hija** ROSA**.)**

CASILDA: Ave María Purísima. Muy buenos días dé Dios a su merced.

HIDALGO: Téngalos usted muy buenos, tía Casilda; ¿cómo va?

CASILDA: Pasando, señor cura, pasando con estas piernas tan hinchadas que no puedo dar paso, que a no ser por el recado que recibí esta mañana de su merced para que viniera, no me hubiera levantado de la cama.

HIDALGO: ¡Válgame Dios!, pues ¿qué estaba usted en cama?

CASILDA: Sí, señor cura: esta hidropesía y esta tos **(tose)** ya me van llevando a la sepultura.

HIDALGO: No sabía yo la gravedad de usted, que a saberla, la hubiera ido a ver para excusarle esta incomodidad.

CASILDA: ¡Ay!, no lo permita Dios, señor cura; ¿cómo era eso capaz?

HIDALGO: Vamos, siéntese usted, descanse.

CASILDA: Sea por amor de Dios.

(Siéntala junto al viejo.)

HIDALGO: Pues he llamado a ustedes dos para esto. Jacinto me ha dicho que se quiere casar con Rosita...

LOS DOS VIEJOS: No lo permita Dios: ni por pienso, ni por pienso.

HIDALGO: **(A sus amigos.)** Es menester tolerarles a estos pobres sus necedades.

ALDAMA: Solamente la paciencia de usted...

HIDALGO: No tengo mucha; pero si el pastor no sobrelleva a sus ovejas, ¿cómo las sufrirán los de la calle? Vaya, déjense de regañar a los muchachos. Usted tío Anselmo, dígame, ¿por qué no quiere que se case Jacinto con Rosita?

(Mientras el cura habla con los capitanes, los viejos están regañando a sus hijos.)

ANSELMO: Ni con Rosita, ni con nana Rosa, ni con mujer ninguna se ha de casar Jacinto, mientras viva.

HIDALGO: ¿Pero por qué razón?, la muchacha no lo desmerece; yo sé que es muy mujercita y muy honrada.

ANSELMO: Ella será una santa, señor cura, pero yo no quiero que se case Jacinto con ella.

CASILDA: Ni yo quiero que se case Rosa con él; ¿qué, yo le ruego, o he mandado padres descalzos a que le pidan a su hijo? Había de ser mejor.

ANSELMO: Mejor o peor, él no se ha de casar con ella.

CASILDA: No, ni ella con él.

HIDALGO: Eso ya es perderme el respeto. Cada uno de ustedes ha de hablar conmigo y nada más.

CASILDA: Sí, señor cura, usted me dispense; pero como señor Anselmo trata de despreciar a mi hija: si yo hubiera querido, días hace que se hubiera casado y muy bien.

ABASOLO: ¿Con quién, tía Casilda?

CASILDA: Con el sacristán de la parroquia. **(Ríense todos.)** No, no se rían ustedes. Pregúntenselo a él que no me dejará mentir.

HIDALGO: Pues ahora yo le suplico que nos deje hablar. Vaya, tío Anselmo, ¿por qué no quiere usted que se case Jacinto?

ANSELMO: Porque no tiene la edad suficiente.

HIDALGO: Eso no le hace, la ley lo puede habilitar dando

usted su licencia.

ANSELMO: Pero, señor cura, no conviene.

HIDALGO: ¿Por qué? ¿Sabe usted que tenga algún impedimento?

ANSELMO: No, señor.

HIDALGO: Pues entonces es capricho de usted.

ANSELMO: No, señor, no es capricho, sino muchísima razón. Oiga usted; yo soy un pobre viejo, tengo ochenta y siete años, para servir a usted; estoy muy enfermo y ya no puedo trabajar. Mi mujer es otra pobre vieja, que está tullida en una cama. No tenemos quién nos socorra sino este muchacho, que es nuestro nieto, y apenas gana para que medio comamos. Si se casa, es fuerza que primero atienda a su mujer, y entonces también será fuerza que nos muramos de hambre. Nos moriremos, y entonces que se case con quien quisiere.

HIDALGO: ¡Válgate Dios, y a lo que obliga la miseria! Y usted tía Casilda, ¿por qué no quiere que se case Rosita?

CASILDA: Porque no, señor, porque no.

HIDALGO: Ésa no es razón: dígame usted la verdad como el tío Anselmo.

CASILDA: Pues, señor, no quiero porque Jacinto apenas gana con qué mantenerse con sus padres: si se casa, se aumenta la familia y es de esperar que mi hija ande en cueros y muerta de hambre, y para eso, mejor está en su casa.

El cura a ALDAMA **y** ABASOLO**.**

HIDALGO: Vean ustedes uno de los mayores perjuicios que la pobreza trae a la sociedad; la falta de la población. Estos jóvenes se aman, y sus padres embarazan su enlace únicamente porque es pobre Jacinto. ¿No es esto? **(A los viejos.)**

LOS VIEJOS: Sí, señor, por eso.

HIDALGO: Y si yo encontrase un arbitrio para que Jacinto pudiera mantener a su mujer, sin faltar a socorrer a sus padres, ¿lo dejará usted casar, tío Anselmo?

ANSELMO: ¡Oh, señor! entonces, ¿por qué se lo había de estorbar?

HIDALGO: Lo mismo digo a usted señora: si yo salgo por fiador de Jacinto, de que siempre tratará bien a su niña y que no le faltará nada, según su clase, ¿consentirá usted en sus bodas?

CASILDA: De mil amores, señor cura, de mil amores. ¿Yo qué puedo querer sino darle gusto a la muchacha? Ella ya es grandecita,

y el cuerpo le pide matrimonio. Sobre que a todos nos gusta casarnos. Yo también me casé, y con mi viejecito cuento cinco maridos, con bien lo diga.

HIDALGO: Adiós, pues, todo está hecho. Voy a poner a Jacinto que administre mi fábrica de loza, y a Rosita la enseñaremos a criar los gusanos y que saque su seda, con cuyos auxilios no les faltará lo preciso.

LOS JÓVENES: Señor, ¿con qué pagaremos tan grandes beneficios?

HIDALGO: Con quererse mucho, con trabajar y con no olvidar a sus padres ni dejar de socorrerlos, para que os colme Dios de bendiciones.

ANSELMO: La mía te alcance, hijo Jacinto. **(Bendícelo.)**

CASILDA: Y las mías a los dos, aunque mala y pecadora. **(Bendice a los dos a dos manos.)**

INÉS: Repito mis agradecimientos, señor cura, y con el permiso de usted me retiro; me he dilatado por saber lo que usted mandaba, pues cuando entró esa señora dijo a Tulitas, que era preciso no sé que cosa.

HIDALGO: Ah, sí, le iba a decir que es preciso que esto no lo publiquen, pues no hay para qué.

INÉS: ¿Cómo no? ¿Cómo es posible que esté oculta tanta virtud? Cuando no se puede corresponder un beneficio, es un desahogo publicarlo.

HIDALGO: Pues yo le encargo a usted que omita esos desahogos, pues cuando cumplo con los deberes que me impone la humanidad, me es repugnante que se cacareen mis acciones.

INÉS: En usted es un deber el ocultar su caridad, en mí fuera una ingratitud el no reconocer y confesar los beneficios que me acaba de hacer. No, yo lo publicaré por todas partes. Usted ha sido mi paño de lágrimas, y el iris que ha serenado la tempestad de dolor, en que se anegaba mi corazón. Fuera de que, ¿qué importa que yo deposite en el silencio esta acción, cuando el carácter benéfico de usted es público en todo el pueblo de Dolores, y sus contornos? ¿Es verdad, señores, que nuestro cura Hidalgo es el genio mismo de la beneficencia? ¿Podrán ustedes no agradecer los favores que le acaban de recibir?

JACINTO: De ninguna manera. El señor cura convenciendo a mi padre, me ha hecho feliz, pues lo seré al lado de mi Rosa.

ROSA: Y yo lo seré al tuyo por su prudente mediación.

ANSELMO: Usted es, señor, el padre de los pobres.

CASILDA: Nuestro benefactor.

INÉS: Nuestro consuelo.

HIDALGO: Basta, hijos, basta. Vuestra generosidad me enternece y yo quisiera poder haceros verdaderamente felices.

INÉS: Sí lo seremos, mientras usted nos viva. **(Toda esta escena es abrazándolo, y besándole la mano, y él abrazando a todos.)**

ANSELMO: Así lo pediremos al Todopoderoso.

INÉS: Él conserve su vida, porque siempre digamos que viva nuestro padre.

ANSELMO: Nuestro amparo.

TODOS: Y viva siempre el cura de Dolores.

Telón

Acto segundo

La misma sala, y saliendo de otra pieza HIDALGO **y los capitanes.**

HIDALGO: Muy buena siesta han dormido ustedes, caballeros.

ALDAMA: Sí, señor cura; no ha sido mala.

HIDALGO: Sentémonos, y tomaremos chocolate mientras llegan nuestros tertulianos. **(Siéntanse.)**

ALDAMA: Sea enhorabuena.

ABASOLO: ¿Conque usted tiene su tertulia todas las noches?

HIDALGO: Las más. La música me deleita demasiado y aunque aquí no puede disfrutarse una excelente orquesta, sin embargo, a costa de trabajo y dinero he conseguido poner una muy razonable, con la que les he hecho una escoleta a mis inditos, que son muy aplicados; y no sólo saben ya el canto llano, sino algo de buena música; de suerte que un día de función clásica de iglesia no es desagradable en Dolores.

(Sacan chocolate y luces, y mientras lo toman sigue el diálogo.)

ALDAMA: Si todos los curas tuvieran la eficacia de usted bien pudieran tener su escoleta en todos los pueblos, y no que en los más es una irrisión una función clásica.

ABASOLO: ¡Jesús!, por no sufrir el rechinido de los violines de pita, y raca raca de aquellas malditas guitarras conque aporrean los oídos menos delicados, se puede uno quedar sin misa.

HIDALGO: Lo peor es aquella sarta de desatinos que cantan en los coros. ¡Pobres indios!, los hacen blasfemar. Ya se ve, no saben hablar el castellano, ¿cómo es posible que pronuncien el latín correctamente?

ALDAMA: Y qué, ¿ahora vienen los inditos a ensayar algunas vísperas o misa?

HIDALGO: Misa no es; pero pueden ser vísperas.

ABASOLO: ¿Vísperas de qué, señor cura?

HIDALGO: De nuestra libertad.

ABASOLO: No entiendo a usted.

ALDAMA: Ni yo.

HIDALGO: Pues ahora lo entenderán. No son los indios los que componen mi tertulia, sino algunas muchachas decentes y jóvenes honrados del pueblo, que son muy aficionados y no tienen malas voces. Yo les hago sus letrillas y pago la música, y ellos se adiestran y me divierten.

ABASOLO: ¿Y qué tienen prevenido para esta noche?

HIDALGO: Una marchita patriótica que están ensayando.

ABASOLO: De todo saca usted partido a beneficio de la patria, hasta de la música y de sus diversiones caseras.

HIDALGO: Es preciso entusiasmar a nuestros paisanos, hacerles conocer sus derechos, la opresión en que viven y lo dulce que es la libertad. Sí, es menester no descuidarse un punto en esto; sino trabajar con tesón en las concurrencias, en los púlpitos, en los estrados, y en todas partes, en prosa y en verso, en todos los idiomas que aquí se hablan: con la lengua, con la pluma y con los violines y las flautas.

ALDAMA: No puede usted negar su grande patriotismo.

HIDALGO: Él es mi pasión favorita. Como yo vea a mi patria libre, más que al momento cierre mis ojos la muerte para siempre.

ALDAMA: Con media docena de curas como usted y otra media de militares como Allende, la cosa era hecha en cuatro días.

HIDALGO: Ella se hará aunque sea en veinte: yo no pierdo las esperanzas. Contamos con lo más necesario para lograr la empresa, que es la razón y la opinión, y el cielo no desamparará tan justa causa.

ALDAMA: Yo lo creo; mas por ahora sólo deseo que lleguen las muchachas, y que canten, pues no veo la hora de oír la letra que será como de usted.

HIDALGO: Nada tiene de particular: su estilo es muy sencillo y natural, tal como se necesita para que lo entiendan los autores; pero respira patriotismo.

ALDAMA: Eso es lo mejor que puede tener.

ABASOLO: Ya creo que vienen, según el tropel de la escalera.

(Levántase, sale de la primera pieza, y vuelve a entrar alborozado.)

Ellos son, ellos son. Aquí están.

(Entran los que cantan.)

UNO: Señores, muy felices noches.

HIDALGO: Amigos: bienvenidos, ya culpábamos la dilación de ustedes.

UNO: Por venir reunidos de una vez, nos hemos dilatado un poco más; pero aún no son las siete.

HIDALGO: Es muy buena hora. ¿Qué tal saben letra?

UNO: Perfectamente.

HIDALGO: Pues siéntense, mientras los músicos tocan la obertura que tienen prevenida.

TODOS: Enhorabuena.

(Se sientan; la música toca una solemne obertura, y concluida se levantan todos, menos HIDALGO **y los capitanes, y cantan la siguiente marcha.)**

Coro:

A las armas corred, mexicanos:

de la patria el clamor escuchad,

baste ya de opresión vergonzosa,

libertad pronunciad, libertad.

Después de tres centurias

de dura esclavitud,

busquemos la salud,

basta de padecer.

España sin monarca,

Fernando ya en Bayona,

abdicó la corona,

y quedamos sin rey.

Coro:

La junta de Sevilla

compuesta de anarquistas,

de intrusos y de egoístas,

darnos quiere la ley.

No estamos en el caso

de sufrir más cadenas,

basta, basta de penas,

ya no hay que obedecer.

Coro:

Alarma, mexicanos,

viva la libertad;

todos os preparad

por si viene el francés.

Ya la América joven

emanciparse quiere,

su libertad prefiere

al gobierno de un rey.

Coro:

Sabio Iturrigaray,

viendo nuestros derechos,

dejarlos satisfechos

quiso según la ley.

Pero una facción fiera

de oidores y traperos,

burlaron los esmeros,

de aquel justo virrey.

Coro:

Los inicuos autores

de tan atroz traición,

hacen la desunión

de este mundo de aquél.

Si al virrey no respetan

porque no es de su gusto,

¿por qué en lo que es injusto

hemos de obedecer?

Coro:

De ninguna manera

de tan sagrado intento,

dude mi pensamiento;

libres hemos de ser.

Libres, libres seremos,

porque libres nacimos,

mas yugo no admitimos,

o morir o vencer.

Coro:

HIDALGO: **(A sus compañeros.)** ¿Qué les ha parecido a ustedes?

ALDAMA: La letra y la música muy buenas, y el espíritu que la dictó inmejorable. Lo que me hace mucha fuerza es la satisfacción con que la han cantado.

HIDALGO: Todos estos señores que usted ve, son amigos de toda mi confianza.

ALDAMA: ¿Conque son muy buenos patriotas, según eso?

HIDALGO: Sí, excelentes. En mi casa no entran serviles ni chaquetas.

ABASOLO: Muy bien hecho: en este caso no está por demás ninguna precaución, y menos ahora que está el espionaje muy recomendado y...

(Entra un payo precipitado con una carta.)

PAYO: Ave María. ¿El señor cura dónde está?

HIDALGO: Aquí estoy, Nicolás, ¿qué se ofrece?

PAYO: Mi amo el señor don Ignacio Allende le manda a su mercé esta carta.

(Dásela: el cura lee para sí, se queda suspenso y al cabo de un segundo, dice:)

HIDALGO: ¿Y qué hacía Allende cuando te despachó?

PAYO: Estaba registrando unos papeles y mandó ensillar. A lo que yo percibí; para acá viene y no tarda.

HIDALGO: Pues anda adentro a descansar, y ustedes, amigos, permítanme que me retire a contestar esta carta que es ejecutiva, a bien que para mañana diferiremos nuestra tertulia.

UNO: Señor cura, está muy bien. Hasta mañana.

TODOS: Que pase usted muy buena noche.

HIDALGO: Que a ustedes les vaya bien. **(Vanse.)** Amigos, nuestra empresa se ha perdido.

ALDAMA: ¿Cómo así?

HIDALGO: Lea usted ese papel.

ALDAMA: **(Lee.)** «Todos nuestros planes están descubiertos ante el gobierno. Anticipo estas cuatro letras, para que no sorprenda a usted mi llegada a ése, donde le informaré por menor. Soy del...»

¡Válgame Dios! ¿Y quién ha sido el vil americano que ha tenido la bajeza de vendernos?

HIDALGO: Qué sé yo: soy con ustedes. **(Vase.)**

ABASOLO: Ahora somos perdidos sin remedio. Todo se lo llevó el diablo en un instante. Si la cosa se ha descubierto como dice Allende, nuestra prisión es infalible.

ALDAMA: Y nuestra ruina también.

ABASOLO: ¿Pues qué hacemos?, ¿a qué nos detenemos?; ponernos en salvo es lo más seguro.

HIDALGO: **(Con serenidad.)** Aquí estamos bien seguros.

ALDAMA: ¿Aquí, señor?

HIDALGO: Sí, aquí.

ALDAMA: ¿Y cuál es la seguridad conque contamos?

HIDALGO: Con la que prestan los buenos caballos y las armas.

ABASOLO: ¿Y si no nos dan tiempo de tomarlos?

HIDALGO: No se apoquen ustedes que al fin más ha de ser el

ruido que las nueces... mas Allende llega... **(Se asoma a una puerta.)** Sí, él es.

(Sale ALLENDE **de capitán con botas y decente.)**

ALLENDE: Yo soy, mi amable cura y compañeros.

HIDALGO: Vamos, ¿qué ha sucedido?

ALLENDE: Todo malo. Un eclesiástico de Querétaro ha descubierto al gobierno de México la revolución que teníamos trazada por el 1º del próximo octubre.

HIDALGO: ¡Qué vileza!

ALDAMA: ¡Qué iniquidad!

ABASOLO: ¡Qué infamia! ¡Un sacerdote! ¡Un ministro de paz, y americano!

HIDALGO: ¿Conque ya no tienen duda de nuestras intenciones?

ALLENDE: Son tan públicas que hasta Riaño, el intendente de Guanajuato, las sabe. Garrido se delató él mismo...

HIDALGO: ¡Qué bastardía!

ALLENDE: Ayer intercepté un correo de Guanajuato, en que aquel intendente previene nuestro arresto. Vean ustedes los oficios originales.

(Los entrega a HIDALGO **y éste lee en voz alta.)**

HIDALGO: «Habiendo sabido positivamente que los capitanes don Ignacio Allende y don Juan Aldama, como también don Ignacio Abasolo, tratan de conspirar contra el gobierno, en unión del cura de Dolores, prevengo a usted que sin pérdida de tiempo, proceda a la prisión de Allende y Aldama, que se hallan en esa villa, en lo que hará usted un buen servicio al rey y a la patria. Dios guarde a usted muchos años. Guanajuato 13 de septiembre de 1810. Riaño. Señor subdelegado de San Miguel el Grande». **(Representa.)** No hay la menor duda, la firma es suya.

ALLENDE: Igual encargo traía don Francisco Iriarte, para arrestar a usted y Abasolo.

ABASOLO: ¿Pues qué debemos hacer en este caso?

HIDALGO: ¿Cómo qué?, dar el grito en esta misma noche.

ALDAMA: ¿En esta misma noche?

HIDALGO: Sí, señor. Ya estamos perdidos, la cosa es innegable pues nos descubren los mismos compañeros, y no es lo peor que nos perdiéramos nosotros, sino que la empresa se pierde, y si nosotros no la llevamos al cabo, acaso no habrá otros que la emprendan. ¿Qué dice usted, Allende?

ALLENDE: Yo, ya sabe usted que siempre sigo gustoso sus disposiciones, y así no tiene sino mandar, y yo obedecer.

ALDAMA: Pero, ¿con qué gente, con qué auxilios contamos para llevar a efecto una empresa de tanto empeño?

HIDALGO: Con nuestro valor, y con unos muchachos que tengo prevenidos. Entren, hijos.

(Entran diez payos, vestidos al uso de la tierra, unos con carabinas y otros con machetes.)

HIDALGO: Inmediatamente van y ponen presos a los siete españoles que hay aquí, sin maltratarlos, y en un lugar seguro y separado, y esperadnos en la plaza.

TODOS: Sí, señor. **(Vanse.)**

ALDAMA: Señor cura, por Dios, ¿qué va usted a hacer? Con diez hombres intentar una revolución, es la mayor temeridad; y luego cometiendo la tropelía de arrestar a los europeos.

HIDALGO: No es tropelía, es prudencia, porque el pueblo que lo verá usted conmovido muy en breve, no los mate.

ALDAMA: Sin embargo, una vez desconcertados nuestros planes, diez hombres nada valen.

HIDALGO: Pues si ellos no valen nada, yo valgo mucho. Nunca será libre la patria si hemos de andar con tanta cobardía. Si muriésemos en la empresa, otros nos remplazarán; la causa es justísima y general, y por último, el que tenga miedo, que se marche, que yo solo basto para lo que esta noche se ha de hacer. El patriotismo, amigo, ha de lucir en los peligros, no en los estrados y placeres.

(Al decir esto se ciñe un sable que estará sobre la mesa, y toma su sombrero y su bastón.)

ALDAMA: Por Dios que me avergüenzo, señor cura, de que atribuya mi prudencia a poco patriotismo o cobardía. Si por tal la ha

tenido, yo lo desengañaré. Vamos, vamos a morir por la patria.

HIDALGO: Eso sí, los nobles sentimientos jamás pueden disimularse mucho tiempo. Ea, amigos: ¿juráis defender los derechos de nuestra nación oprimida?

TODOS: Sí, juramos.

HIDALGO: ¿Juráis morir, si necesario fuere, por tal causa?

TODOS: Sí, juramos.

HIDALGO: Pues a salvar la patria, o a morir.

ALLENDE Y TODOS: Vamos, y desde aquí la patria. Viva. *(Éntranse.)*

(Descúbrese vista de calles, en ellas habrá tres tiendas que a su tiempo abrirá el pueblo con hachas, y arrojará la ropa y víveres que habrá dentro. A un lado estará la cárcel: luego que se dejen ver, HIDALGO **y compañeros, comenzarán a sonar campanas, y se verán algunas gentes con hachas de brea, discurriendo por todas partes.)**

HIDALGO: Amigos, ya estamos en la palestra. Vamos a sacar los presos de la cárcel. Es necesario hacer agradecidos. **(Llega.)** Ea, el alcaide.

ALCAIDE: Mande usted, señor cura.

HIDALGO: Abra la puerta y eche fuera los presos.

ALCAIDE: Yo no puedo en eso obedecer a usted porque están bajo mi responsabilidad.

HIDALGO: Si se dilata, es su muerte segura. A ver las llaves. **(Le encara una pistola.)**

ALCAIDE: Ya está, ya está, señor. **(Le da las llaves,** HIDALGO **abre y salen unos veinte presos gritando.)**

TODOS: Que viva nuestro padre el cura Hidalgo.

HIDALGO: Hijos, a mí no me aclaméis sino a la patria. ¿Estáis gustosos con vuestra libertad?

TODOS: Sí, estamos.

HIDALGO: ¿Me la agradecéis?

TODOS: Sí, agradecemos.

HIDALGO: Pues, escuchad.

(A este tiempo llegan los diez payos con sables desnudos y carabinas, y uno de ellos traerá una bandera blanca, con una águila. Algunos otros los acompañan con hachas de brea. A la

presencia del cura, se paran todos, y éste prosigue:)

Americanos: nacisteis libres por la naturaleza, como todos los hombres al mundo: la codicia europea descubrió este vasto y rico continente, lo conquistó, esto es, lo usurpó a los indios sus legítimos dueños, y desde entonces han visto y tratado a los hijos del país como sus colonos y aun como sus esclavos.

En vuestra misma patria no sois nada, ni podéis sembrar ni cultivar, sino lo que os permiten como gracia.

Nacisteis en el reino del oro y de la plata, y no tenéis un peso: rodeados de la abundancia, perecéis en medio del hambre y la miseria: el cielo os dotó de talentos despejados, y vivís y morís ignorantes. De esta manera, oprimidos vuestros padres por los españoles, os dejaron pobres, rudos y miserables; y vosotros bajo los mismos principios, no podéis dejar a vuestros hijos otra herencia que la miseria, la esclavitud y la ignorancia.

Esta suerte de los americanos será eterna mientras no conozcan sus derechos, esto es, que son libres porque son hombres, que nuestra patria ya se halla en estado de gobernarse por sí, sin necesidad de que la gobierne y domine un extranjero que está a dos mil leguas de distancia de nosotros, que nos carga de leyes, nos abruma con gabelas y se lleva a su nación nuestros tesoros.

La justicia nos favorece, podemos ser felices si queremos de un momento a otro. Un empuje generoso se necesita de vuestra parte; pero con unión y constancia. El tiempo presente es el precioso; si lo desaprovechamos, estamos a pique de ser esclavos para siempre. Ya os lo digo: España, por ahora, tutoreada y aun dominada por la Francia, está imposibilitada de enviar tropas de refuerzo contra nosotros; pero los franceses no carecen de recursos ni intenciones: acaso ellos vendrán y nuestra esclavitud será mayor.

Yo advierto en vosotros una decidida inclinación para recobrar y conservar vuestra libertad; pero también advierto que os detiene lo inermes que os halláis y el no contar con una cabeza que os dirija. Yo os amo mucho, y deseo la libertad de la patria como vosotros; si os resolvéis a seguirme, a pesar de mi vejez y mis achaques, os conduciré a la victoria con la ayuda de Dios y el favor de estos ilustres compañeros.

¿Qué decís?, ¿queréis vivir esclavos, o ser libres y salvar vuestra patria?

UNOS: ¡Viva la libertad!

OTROS: ¡La patria viva!

HIDALGO: **(Toma** HIDALGO **la bandera y les dice:)** He

aquí, hijos míos, las armas del suelo mexicano, las de vuestros mayores y el símbolo de vuestra libertad. ¿Juráis ante el Dios de los ejércitos y ante la patria derramar vuestra sangre en su defensa?

TODOS: Sí, juramos: o morir o ser libres... **(Entra uno precipitado.)**

UNO: Señor, el alboroto es ya general en todo el pueblo, el furor crece por instantes contra los españoles; si no estuvieran presos, ya fueran víctimas de su furor; pero éste se ha encarnizado en sus efectos, han abierto sus tiendas y después de robar, arrojan a la calle lo que resta.

ALLENDE: Es muy escandaloso este desorden.

ABASOLO: Una injusticia es.

HIDALGO: Es cierto, pero ni es política el oponernos a la plebe furiosa, ni tenemos fuerza para el caso. Es de necesidad ceder a las circunstancias.

(A este tiempo entra la multitud, tirando las tiendas y gritando.)

UNOS: ¡Muera el gobierno español!

Y OTROS: ¡Viva la libertad, viva la patria!

Telón